Afinidades electivas: Unamuno y Holmes

Por Francisco Yndurain

Me propongo en estas páginas rastrear las huellas de la obra y pensamiento del escritor americano Oliver Wendell Holmes en nuestro don Miguel de Unamuno. Para lo cual he acudido al camino más directo, primero, es decir a la recogida y sistematización de cuantas referencias concretas al americano he encontrado en la obra del español; siguiendo, después, con la indagación de posibles recuerdos, de afinidades conjeturables, cuando la carencia de la mención o cita, no escasas como veremos, permitían tal supuesto. Y en ambos casos he acudido a los mismos ejemplares que utilizó don Miguel, y que hoy se pueden consultar, junto con todos sus restantes libros y papeles, en la Casa Rectoral salmantina donde se alberga el legado inestimable de Unamuno, entre recuerdos familiares y caseros que guardan su memoria con piadosa y fiel vigilancia.

Tenía nuestro autor, como tantos otros lectores, la costumbre de anotar cuidada y minuciosamente sus lecturas, ya en llamadas al margen, ya en subrayados, ya en índices personales, al final del volumen, remitiendo a página y, a las veces, indicando asunto. Tal ocurre con los únicos tres libros de Holmes que se conservan en la biblioteca de Unamuno, los tres prolijamente anotados. Los tres son de la colección que editó J. M. Dent and Co. en Londres: *The Autocrat of the Breakfast Table,* (1908), *The Professor at the Breakfast Table,* (1906), y *The Poet at the Breakfast Table,* (1906) (llevan las *sig.* 973, 972 y 971, respectivamente). Como hemos de ver, la frecuentación de estos tres tomitos no fue escasa, y de la simple observación de los índices personales, puestos a lápiz en las últimas páginas en blanco, se deduce que Unamuno leyó y releyó, hasta tres veces, por lo menos, pues las series de páginas a que remite se agrupan en tres tiradas, más numerosa la primera, menos la segunda, y ya más rala la última, aunque alguna vez repite referencias anteriores. No se advierte una mayor insistencia en la anotación de ninguno de los tres libros: numéricamente son semejantes. Las cifras de página llevan, en ocasiones, un subrayado simple o múltiple, y, en otras, van enmarcadas total o parcialmente. Hay también algunas palabras trascritas, generalmente dificultades de interpretación. Nos queda, pues, un abundante repertorio de indicios para reconstruir la lectura de don Miguel.

Ahora bien, he de advertir que no me hago la ilusión de ir a determinar una influencia, si a esta palabra, de que tanto hemos abusado en la historia y crítica literarias, se le da un sentido causal y necesario. Uno piensa que las más de las llamadas influencias son revelaciones, confirmaciones de algo que más o menos oscuramente había sido intuido, y, por otro lado, la elección de la influencia supone un acto libre y no menos positivo que el repudio de otras tan al alcance. En cualquier caso, he de procurar avanzar

con la mayor cautela en este terreno, sin olvidar la frecuencia con que Unamuno vivió entre libros, ni su rebusca de compañeros de meditación entre sus autores, en los que más parece buscar un eco que otra voz distinta de la suya. Valga por otras muchas citas ésta de un artículo suyo: "¿No os ha parecido alguna vez leyendo alguna página de algún escritor, acaso de muy pretéritos siglos, que la habíais escrito vosotros, que os la había plagiado? ¿No os ha ocurrido en tal caso exclamar: ¡pero si esto lo escribí yo!" (*Conversación, O. C.* XI, 747.) Tampoco podría hablarse de posibles o reales influencias sin antes partir de una idea clara de la personalidad de cada escritor y, por supuesto, del conocimiento suficiente de sus obras, pues sólo contra ese fondo valdría una estimación de aquellas relaciones. El lector habrá de hacerse cargo que por razones de espacio, y de tiempo, no puedo aducir aquí y ahora más pruebas que la afirmación seca, de que mis juicios van a ir respaldados en el mínimo conocimiento que he postulado y en su contexto tienen la última justificación.

Por de pronto, hemos de dejar constancia de que Unamuno se quedó, al parecer, sin noticia directa de los otros libros de Holmes, uno de los cuales, *Over the tea cups,* tiene alguna afinidad con los tres mencionados en cuanto que es un conjunto de reflexiones, observaciones y poemas ligados como al azar de una charla de sobremesa. Ni tampoco parece que leyera sus novelas, de las que *Elsie Venner* ha tenido un renovado interés en nuestros días[1]). No deja de ser extraña esta limitada curiosidad hacia un autor que tanto trató, aunque esa curiosidad fuera excepcional en España y en su tiempo. Fue probablemente Unamuno el escritor español de su época más informado de la literatura norteamericana, como lo prueban sus citas de Melville, Poe, Thoreau, Emerson, William James, Hawthorne, Whitman, Longfellow, entre otros.

La primera observación de bulto que salta a la vista es que Unamuno solo haya citado expresamente pasajes de una de las tres obras arriba citadas, *The Autocrat* (las citaré, en adelante, *Autocrat, Poet* y *Professor*) aunque todas tres aparezcan tan trilladas y, como veremos, haya posibles reminiscencias de las otras dos en la obra unamuniana. La verdad es que precisamente *Autocrat* ha logrado muchas más ediciones en Inglaterra y USA que sus compañeros, y ello parece dar fe de una superior calidad a su favor, que no estoy dispuesto a rechazar, por mi parte.

---

1) Oliver Wendell Holmes (1809—1894) empezó a escribir en *The New England Magazine,* en 1831; luego siguió, veinticinco años después, en *The Atlantic Monthly.* Su primera colección en libro, data de 1858, *The Autocrat of the Breakfast Table.* Siguen *The Professor,* (1860), *The Poet,* (1872), y *Over the Tea Cups* (1891). Edición completa: *The Works of O. W. H.,* 15 vols., Boston-New York 1892—1896. Recientemente se ha publicado, *A Bibliography of O. W. H.,* por Thomas Franklin Currier. Editada por Eleanor M. Tilton, New-York Univ. Press. London, Cumberlege, 1953.

Una nota sobre Holmes y Unamuno, por el que suscribe, en *Atlántico,* Madrid, nº 4, 1957.

También sale de ojo que la primera mención que Unamuno hace de Holmes, sea anterior a la fecha del ejemplar que se conserva en su biblioteca. Pudo haber tenido acceso a otra edición o pudo llegar a la noticia del americano por un tercero. Veamos. En un artículo fechado en diciembre de 1902, *El individualismo español* (puede verse en *Ensayos,* Aguilar, 1942, I, 423 y antes, en la col. de la Residencia de Estudiantes, t. IV) se lee: "El humorista americano Wendell Holmes habla en una de sus obras de los tres Juanes: de Juan tal cual él se cree ser, de Juan tal cual le creen los demás, y de Juan tal cual es en realidad. Y como para cada individuo hay para cada pueblo sus tres Juanes. Hay el pueblo español tal y como nosotros los españoles creemos que es, hay el pueblo español tal como le creen los extranjeros y hay el pueblo español tal y como es." La cita es un tanto imprecisa, aún, y tiene todo el aspecto de ser de segunda mano, si no de apresurada lectura. El artículo es para comentar el libro de Martin S. Hume, *The Spanish People* (London, 1901) y a Unamuno, por el momento, le interesa más el diagnóstico de la colectividad, y aprovecha la sugestión para insistir en que "conviene cotejarlos [los tres pueblos] y vernos desde fuera."

Pocos años más tarde, 1906, nueva cita: "Antes de ahora he tenido ocasión de citar aquella ingeniosísima ocurrencia del humorista yanqui Wendell Holmes respecto a los tres Juanes. Cada uno de nosotros lleva en sí tres Juanes . . . Y sobre las mutuas acciones y reacciones de estos tres Juanes, cabe muy sutil indagación. Somos, en efecto, de un modo; creemos ser de otro, y los demás nos creen de otro" (*'Sobre la consecuencia, la sinceridad'*, Aguilar, I, p. 829 y ss.). Ahora se va a detener algo más sobre la "ocurrencia", y especula por su propia cuenta sobre los efectos de la sociedad en nuestra idea de nosotros: "Juan tal cual es, el Juan primitivo y radical, podrá vivir preso de Juan tal cual él se cree ser; pero vive mucho más preso del Juan que los demás se han forjado." Unamuno deriva hacia el yo social: "Los conceptos que de cada uno de nosotros se forjan los prójimos que nos tratan vienen a caer sobre nuestro espíritu y acaban por envolverle en una especie de caparazón, en un duro dermatoesqueleto espiritual, en una recia corteza. Es la corteza de la consecuencia, bajo la cual se agita y revuelve un pobre espíritu que no puede romper con la sinceridad la consecuencia. Antes de hacer o decir algo, reflexiona si es lo que de él esperaban los demás, y para seguir siendo como los demás le creen, se hace traición a sí mismo: es insincero". Este pasaje parece ligado con su preocupación constante por la sinceridad, por su ser fiel a sí mismo, pese a lo que pensaran los demás. Y como en ayuda de su postura evoca, en el mismo artículo, dos textos que le corroboren: el de Whitman, "cuyo desdén a la consecuencia es bien conocido" y el de Emerson: "Supon que tengas que contradecirte. ¿Y qué? . . . Un alma grande sencillamente no tiene nada que hacer con la consecuencia". Unamuno justifica su aparente falta de consecuencia, de que solía ser inculpado y lo siguió siendo, con notoria ligereza e impropiedad por cierto.

Pero volviendo a nuestro tema, tampoco en este pasaje se advierte una lectura directa o demorada. Todavía yo me inclinaría por una cita de segunda mano, en que el texto de Holmes le ha llegado mutilado. Porque

hasta 1916 no encuentro la cita plena del pasaje aludido. Primero en un artículo publicado en *Nuevo Mundo* (7—VII), *El morillo al rojo. Confesiones cínicas al lector amigo,* donde recuerda sus anteriores citas de la "ocurrencia" de Holmes, y una mejor referencia del pasaje correspondiente, pues se mencionan a *Juan* y *Tomás,* como formando un diálogo entre seis personajes. Y de nuevo Unamuno vuelve a su preocupación por el que la sociedad nos quiere hacer: "Pero hay en sociedad otro más terrible y es aquel que la colectividad nos cree y nos hace. Para el escritor, el que le cree el público" (*Obras completas,* t. X, p. 376. — En adelante citaré, *OC* y el vol.). Pero la más honda problematicidad a que puede apuntar el planteamiento de Holmes, no está encarada hasta la redacción del Prólogo a *Tres novelas ejemplares* (1916), en que discurriendo sobre el ser real de la persona, cita, ahora con precisión, traduciendo: "Aquí tengo que referirme, una vez más, a aquella ingeniosísima teoría de Oliver Wendell Holmes — en su *Autocrat of the Breakfast Table,* III — sobre los tres Juanes y los tres Tomases. Y es que cuando conversan dos, Juan y Tomás, hay seis en conversación, que son:

1. El Juan real; conocido solo para su Hacedor.
2. El Juan ideal de Juan; nunca el real y a menudo tres Juanes . . . muy desemejante de él.
3. El Juan ideal de Tomás; nunca el Juan real ni el Juan de Juan, sino a menudo muy desemejante de ambos.

1. El Tomás real.
2. El Tomás ideal de Tomás.
   Tres Tomases . . .
3. El Tomás ideal de Juan."

que corresponde, efectivamente, al planteamiento de Holmes, del cual se separa Unamuno, añadiendo un cuarto interlocutor, mejor dicho dos nuevos, con los que Juan y Tomás "quisieran ser". Y para Unamuno, a diferencia de Holmes que considera la cuestión ceñida a esos términos, el nuevo Juan o Tomás es el más real, "el creador", y por el que hayamos querido ser, no por el que hayamos sido, nos salvaremos o perderemos. Dios le castigará a uno a que sea toda la eternidad lo que quiso ser". (¿No parece que hay como una adaptación de la *ewige Wiederkunft* de Nietzsche?). Ahora creo, es cuando por primera vez Unamuno se enfrenta de veras con el tema, y surge su posición voluntarista alumbrando el nuevo personaje. Pero el planteamiento del americano tiene más posibles implicaciones, que Unamuno ha de explicar más adelante, mientras su mentor deriva a la amena salida ingeniosa del caso contándonos cómo uno de los comensales, que respondía al nombre de Juan, se apresuró a comerse los tres melocotones que quedaban en el cestillo del postre, notando que había exactamente una pieza para cada uno de sus tres personas. "Yo, sigue el autor, le demostré que su inferencia práctica era apresurada e ilógica, pero mientras tanto se había comido los melocotones".

En un artículo, *Autenticidad* (*Visiones y comentarios,* Austral, pág. 27) se refiere Unamuno al Prólogo antes citado, y recuerda la teoría de Holmes allí glosada, que de nuevo vuelve a explanar, aplicada al escritor y a su público, para preguntarse, "¿Cuáles los auténticos? ¡El auténtico!, el Juan, conocido solo por su Hacedor — 'known only to his Maker' —". Y se acuerda del loco que quiso verle a él a don Miguel, pero "al auténtico", y que tan desconcertado le dejó con su pregunta. Ahora Unamuno se va hasta San Pablo, "que tanto sabía de locura — de la locura de la Cruz —" y que nos dejó dicho que "si alguien ama a Dios, es conocido por El" . . . "¡Ser conocido por Dios, por el Hacedor, ser soñado por el Supremo Soñador, ser el Juan real, el Juan ideal, el Juan arquetípico, el Juan auténtico! ¿Y no será este Juan ideal y real a la vez, de la realidad ideal, este Juan íntimo y auténtico un matador de sí mismo?"[2]).

Parece muy improbable que Unamuno, de haber conocido desde sus primeras citas el texto completo, no hubiera dado o más precisa referencia o no hubiera obtenido aplicaciones más en consonancia con su propia inquietud trascendental, aunque si tenemos en cuenta la evolución de la personalidad unamunesca, podemos ver cómo el mismo pasaje se le adensa y carga de nuevos sentidos. En un momento hemos visto que Unamuno está más atento al hombre en su situación pública, en relación con los demás, y se preocupa por cómo los demás nos ven, nos creen y nos hacen, resistiendo enterizo a esa deformación. Luego ha descubierto el yo que queremos ser, en virtud de cuyo obrar o haber querido obrar, recibirá el oportuno premio o castigo. Finalmente, ni el yo social, ni el yo ético-religioso, sino el puro yo-para-Dios es el que le atrae y centra su atención y anhelo en "ser conocido . . . soñado por el Supremo Soñador". Se diría que ha ido pasando de un plano de psicología, a otros sucesivos de sociología, de moral y de puro impulso religioso. La reiteración de la cita es todo menos monótona y repetida: son otros tantos asaltos al esquivo problema del ser y de Dios, dos aspectos de una misma cuestión, en la mente de Unamuno.

Pero no es solo en las citas del pasaje, donde hallamos ecos de la tesis allí apuntada. Y, creo, que aun antes de habérsele presentado con la evidencia de lo impreso, había en Unamuno atisbos que le llevaba por camino paralelo. No puedo ahora reconstruir, como sería preciso, el proceso evolutivo en don Miguel, quiero decir de cómo se fue haciendo a sí mismo, creándose año tras año ante los hombres y ante Dios; pero sí voy a mostrar algunos textos en que se nos ofrece su problema de su ser personal. En 1905,

2) Una aplicación menos personal de la teoría del americano, trasladada al ámbito de los libros, encontramos en la opinión de don Miguel sobre su obra *Del sentimiento trágico,* a propósito del cual escribe: "Más de una vez he recordado lo del humorista norteamericano Oliver Wendell Holmes de los tres Juanes: Juan según es, Juan según él mismo cree ser y Juan según le creen los demás. Mi libro para mí podría ser otro — no digo que lo sea —, pero para los demás parece ser ese que anda ya por ahí en francés y en italiano y que lo están vertiendo en alemán y en inglés . . ." (*Mi libro,* al discutir la frase de Vaz Ferreira, calificando a *Del sentimiento* como "su libro". En *OC,* VIII, 586. Artº de *La Nación,* 25-XI-1919).

por ejemplo, y en un artículo nobilísimo, *El primer firmante. Voto explicado,* donde puntualiza sus razones al oponerse a Echegaray (y más tarde rectificaría aún más), cavilando sobre si es joven o viejo, lo que juzga necesario plantearse es si "quiero ser una cosa u otra, ya que abrigo la profundísima convicción de que ser no es más sino querer ser" (*OC,* X—132-138, de *Heraldo de Madrid,* 20—II—1905). Aquí, sin recuerdo expreso del americano, encontramos a Unamuno con su problema personal, de la determinación de su persona, en este caso por la voluntad que es la que se la hace. Y, por otra parte, en la querella motivadora del acto contra Echegaray, el conflicto entre jóvenes y viejos, pasadistas y futuristas, Unamuno piensa y siente que "no debemos querer vivir ni en el pasado ni en el porvenir, sino en la eternidad" (*ib. id.*).

Esta misma problemática la vamos a encontrar trasferida por Unamuno a sus personajes de ficción, por ejemplo en sus *Tres novelas ejemplares y un prólogo,* donde se nos dice que "sus agonistas, es decir luchadores — o si queréis los llamaremos personajes —, son seres reales, realísimos, y con la realidad más íntima, con la que se dan ellos mismos en puro querer ser o en puro no querer ser". Y antes había especulado con las cuatro posibilidades, dos negativas y dos positivas, que entraña la fórmula de la persona como resultado del querer ser, y que resultan: las positivas: querer ser o querer no ser; y las negativas: no querer ser y no querer no ser.

En una de las tres novelas, en *Nada menos que todo un hombre,* Alejandro ha seducido a Julia, "siendo el que cree que tiene que ser para los demás", notable efecto de la sociedad en el destino personal individual en este personaje que "ha limitado su existencia a ser para los otros, contra los otros". Con lo que bien se advierte que hacia ese año de 1916, en que publica la novela, y por los textos aducidos, desde el mismo prólogo, es cuando Unamuno ha extraído la mayor sustancia del texto americano. Y no será difícil hallar otras aplicaciones del mismo origen, aunque con diversa acomodación, a otros personajes novelescos. Tal sucede cuando Emeterio dice a Celedonio, en *Un pobre rico o el sentimiento cómico de la vida*: "— Sí, a menudo me pongo a pensar cómo habría sido Clotilde si hubiese sido yo su padre verdadero . . . — Bah!, acaso pasó a ella lo mejor tuyo, la idea que de ti tenía Rosita . . ." (espaciamos nosotros). Es el caso, también, del don Sandalio de *La novela de don Sandalio, jugador de ajedrez,* del que escribe Unamuno: "Este don Sandalio, no el que juega al ajedrez en el casino, sino el otro, el que él me ha metido en el hondón del alma, el mío, me sigue a todas partes"; y vuelve sobre ello más tarde insistiendo en que "tengo que mantener puro, incontaminado, a mi don Sandalio, al mío". La teoría se ha vuelto acción, y ahí están los personajes siendo idea de otros, siendo para-otros.

Con estas obras nos hemos adelantado hasta 1930, pero aún debemos volver atrás para tomar nuevos datos del mismo tema. En la obra *Como se hace una novela,* empezada en 1924, y reelaborada en 1927[3]) y uno de los

3) Sobre este escrito de Unamuno, debe consultarse la excelente tesis de Armando F. Zubizarreta, *Unamuno en su "Nivola",* ed. Taurus, Madrid, 1960.

nódulos de la obra unamuniana, don Miguel da vueltas a su yo en su devenir, "al que hemos hecho conjuntamente los otros y yo, mis amigos y mis enemigos, y mi yo amigo y mi yo enemigo". Su doble de ficción, (¿de ficción?) U. Jugo de La Raza habla del "Unamuno de mi leyenda". Pero por encima de esa especie de perspectivismo en *trompe-l'œil* a que somete su doble novelesco y a su yo histórico, don Miguel no pierde de consideración al profundo: "¿No estaré acaso a punto de sacrificar mi yo íntimo, divino, el que soy en Dios, el que debe ser, al yo histórico, al que se mueve en su historia y con su historia?" (*OC*, X, 864 y 882).

Con motivo ha escrito Julián Marías que la novela en Unamuno es un método de conocimiento, precisamente de la persona, o al menos de una de sus facetas[4]). El planteamiento de Holmes ha sido como un estimulante para Unamuno en la concepción de sus personajes novelescos.

Si bien el pasaje de los "tres Juanes" es el más reiteradamente citado por Unamuno, tampoco es el único. Como suele ocurrir, nuestro escritor ha buscado refuerzo a sus propios puntos de vista y opiniones en los del americano, en cuya varia minerva encuentra los más diversos motivos. Y, claro es, tampoco faltan los del ámbito religioso, que Unamuno se apresura a utilizar. Así, aquel en que Holmes expone "La conocida paradoja — ¡no se asusten los tontos! — . . . de que como los predicadores religiosos, no oyendo cada uno de ellos más que sus propios sermones, acaban por saber menos religión que los que les oyen muchos de ellos, ha de completarse diciendo que el predicador no oye ni su propio ni el que recita" (*Para que escribir, Nuevo Mundo,* 18—vii—1919, luego en *De esto y de aquello,* III, p. 431). En rigor no es traducción exacta del texto inglés, que reza: "The clergy however, rarely hear any sermons except what they preach themselves. A dull preacher might be conceived, therefore, to lapse into state of *quasi* heathenism, simply for want of religious instruction" (pág. 29, *ed. cit.*). Hay una aplicación un tanto libre, como se advertirá.

El tema religioso provoca nuevas menciones del americano, como cuando escribe Unamuno que "no andaba del todo descaminado el humorista yanqui . . . al hacer decir a uno de los personajes de sus ingeniosas conversaciones que se formaba mejor idea de los que estaban encerrados en un manicomio por monomanía religiosa que no de los que, profesando los mismos principios religiosos, andan sueltos y sin enloquecer" (*Del sentimiento trágico de la vida,* cap. X), que corresponde al pasaje "I confess that I think better of them [*asilados por* religious mental disturbances] than of many who hold the same notions, and keep their wits and appear to enjoy life

4) Julián Marías, *Miguel de Unamuno,* Austral, Madrid 1943. Interesan los capítulos dedicados a la novela y a la "persona". Son también dignos de conocerse los estudios sobre la novela unamuniana de F. Ayala, *El arte de novelar en Unamuno,* incluido en *Realidad y Ensueño,* ed. Gredos, Madrid 1963, L. Livingstone, *Unamuno and the Aesthetic of the Novel,* en HispCal. XXIV, 1941, págs. 442 y ss. No recoge el indicio del origen en Holmes, Agnes Money, en su folleto, *La creación del personaje en las novelas de Unamuno,* La Isla de los Ratones, Santander, 1963.

very well, outside of the asylums" (pág. 41, *ed. cit.*). El mismo pasaje está, y más literalmente traducido, en un artículo posterior a la obra antes citada, pero en esta nueva ocasión Unamuno aplica a una situación civil la observación del yanqui: "De donde se deduce que un español que no acabe hoy por volverse loco, de una u otra locura, es tonto de remate, o tiene el corazón de corcho, o ha perdido la vergüenza civil" (*De esto y de aquello,* IV, 204, en *Nuevo Mundo,* 6—v—19). Otro recuerdo, y muy concreto es el del pasaje en que Holmes escribe: "When one of us who has been lead by native vanity or senseless flattery to think himself or herself possessed of talent arrives at the full and final conclusion that he or she is really dull, it is one of the most tranquilizing and blessed convictions that can enter a mortal's mind. All our failures, our short-comings, our strange disappointments in effect of our efforts are lifted from our bruised shoulders, and fall, like Christian's pack, at the feet of that Omnipotence which has been fit to deny us the pleasant gift of high intelligence" (pág. 60, *ed. cit.*). En dos escritos no muy próximos Unamuno cita al yanqui: "Y el tonto que se descubre tonto, que llega a comprender su propia tontería, que llega a expresar la personalidad de la impersonalidad, ha realizado una profunda obra. Ya lo dijo, aunque de otra manera, el humorista norteamericano O.W.H.: "¡Qué descanso debe de ser para un hombre que se cree perseguido por la suerte, que fracasa en sus propósitos, que no logra realizar sus ideales, el descubrir un día que ello se debe a su falta de personalidad mental, a su tontería! Ese día se ve libre de la pesadísima carga de la responsabilidad; ese día averigua que sus fracasos no se deben a él, sino a que Dios no le dotó con la inteligencia suficiente para llevar a cabo su misión, la que él creía su misión". Ese día puede exclamar con el tonto de don Juan Tenorio: ¡"de mis pasos en la tierra, — responda el cielo y no yo!". Supongo que es el texto arriba copiado al que Unamuno hace referencia, pues no he encontrado ningún otro más congruente con su cita, que, como se ve, está muy lejos de ser literal, pese a la aparente trascripción insinuada por las comillas. Curiosamente, nueve años después, repite casi las mismas palabras: "Cuenta O.W.H. en . . . — ¿pero cuándo se traducirá esto al español? — de un pobre hombre a quien todo le salía mal y se desesperaba por ello hasta que un buen día cayó en la cuenta de que era porque andaba muy escaso de entendimiento y aquel día sintió un soberano alivio, un gran gozo de liberación al comprender que no era la culpa de él sino de Dios que no le dotó de más inteligencia. Descargó su responsabilidad y pudo, aunque en otro sentido — y esto añado yo a lo de Holmes —, decir lo de don Juan Tenorio: "¡de mis pasos en la tierra — responda el cielo y no yo!". (El primer art°, en *Los Lunes* de *El Imparcial,* 23—iv, 1923, recogido en *De esto y de aquello,* IV, 625. El segundo, en *Ahora,* 9—vi—1933, *Los hombres de cada día*).

Esta notoria repetición, y no es el único caso como puede suponerse en un escritor que se prodigó en la colaboración periodística constante, debe entenderse como costumbre de Unamuno, autor nada versátil, antes insistente hasta la machaconería en algunos temas. Recuerdo a este propósito que Ernst Robert Curtius llamó a don Miguel "excitator Hispaniae", y si es

cierto que le conviene ese dictado, pues actuó de despertador y de incitador del país, la verdad completa me parece que está en su calidad de *predicador*, de predicador laico, y ya se sabe que una de las armas más características de la predicación es la reiteración, medio tal vez el más eficaz para impresionar en las mentes de los oyentes o lectores lo que uno predique. En el contexto de esta actitud de prédica ha de situarse, creo, igualmente la utilización por Unamuno de la paradoja, pues con su aparente absurdo excita y llama la atención. Unamuno era muy consciente de sus repeticiones, y no las evitaba, desde luego, y, aunque no la necesitara, acude a la ayuda de un pasaje del yanqui para justificación: "En aquel tan sugestivo libro [*Autócrata*] — ¡y qué extraño que no se haya traducido ya! —, le hacía decir su autor . . . al monopolizador conversacionista: "No supondrá usted que las observaciones que hago en esta mesa son como otros tantos sellos de correos, cada uno de los cuales se usa una vez. Y si así supone, se equivoca. Tiene que ser un pobre hombre el que no se repite a sí mismo a menudo . . . Porque las verdades que un hombre lleva consigo son sus herramientas . . . Jamás repetiré una conversación; pero una idea, a menudo . . . Un pensamiento es muchas veces original, aunque lo haya uno expresado cien veces. Se le ha ocurrido por nuevo camino, por un nuevo y expreso curso de asociaciones" (*El Sol*, Madrid, 14-I-1932, recogido en *España y los españoles*, Aguado, Madrid, 1955, p. 234). El humorista bostoniano apura más el análisis, y lo aplica con gracia a un cuentecillo, oportunamente traído. Pero Unamuno es menos ameno en este caso y también más grave, como puede verse en el citado artículo, *Somnia Dei per Hispanos*. Lo cierto es que en esta ocasión la cita parece traducida con el texto a la vista. Por cierto que el mismo pasaje (cap. I *op. cit.*) del americano había sido utilizado muchos años antes, en un artículo de *La Nación* (11 - VI - 1910), donde tratando de las repeticiones, y al suponer que un lector le achaca a Unamuno su gusto por repetirse, éste: — "Oiga, oiga lo que dice al respecto el gran humorista yanqui (o yanqués, si usted quiere) O. W. H. en su libro . . . Fuí, cojí el libro de un estante, lo abrí por uno de los pasajes que en él tengo señalados, y lo traduje: . . .". Y sigue la traducción. (El artículo puede verse en *OC*, III, p. 959).

Esta manera de apuntalar las propias opiniones con ajenas, y escritas, no deja de ser un hábito profesional del universitario, que Unamuno ha utilizado muy habitualmente, aunque no pocas veces le haya servido la "autoridad" para discrepancias, como hemos tenido ya ocasión de advertir antes.

Siguiendo con las huellas de Holmes, notaré, por fin, entre las citas expresas, algunas relativas a materias de lenguaje, otra esfera de interés común a ambos escritores. En el último artículo citado, vuelve a su humorista para traerlo a colación con motivo de justificar y defender su estilo coloquial, pues, escribe: "esto de hablar así con el lector tiene otra ventaja que señaló nuestro ya conocido . . . y es que moldea para nosotros mismos nuestro propio pensamiento. Hay quien piensa en voz alta, y yo uno de ellos. Cuando estoy callado sueño, pero no pienso. Yo hablo lo mismo con la lengua que con la pluma en la mano". Hasta aquí don Miguel, que cita

seguidamente al yanqui: "El lenguaje hablado es tan plástico que se puede retocarlo, extenderlo, alisarlo, quitarle y ponerle y heñirle tan fácilmente trabajando este blando material, y así resulta que no hay nada como él para modelar. De él se sacan los bocetos que se trasladan luego al mármol o al bronce de libros inmortales, si es que uno llega a escribirlos." Y termina Unamuno: "Ya conocéis, pues, el origen y la finalidad de estas conversaciones" (Son, como se supondrá unos artículos, que llevan el título genérico de *Conversación*). El pasaje es por demás suculento, pues no sólo nos da una clave para el estilo de Unamuno, sino que nos apunta una posible pista de iniciación, o de refuerzo. La voluntad de estilo manifestada por Unamuno en contra de la solemnidad enfática, el engolamiento, la rigidez de una sintaxis por él calificada de "involutiva", y la busca, por contraste de una sintaxis más laxa, menos estricta, más ágil y llana, al mismo tiempo que la utilización del léxico vivo, estos y otros rasgos peculiares del estilo incorporado por Unamuno a la nueva literatura, tienen aquí un apoyo y una formulación de extraordinaria relevancia. Pero no puedo detenerme en este aspecto[5]).

El juicio de Holmes le venía tan a su cauce, que no dejó de beneficiarlo en otra ocasión: „El lenguaje es una materia — y, por lo tanto, una forma — y resiste a otra forma. Lo mismo si el escritor hiñe o modela que si esculpe. Porque hay escritor que modela, y modela hablando — o hablándose —, y luego vacía en escrito, y hay escritor que esculpe o talla. Sobre lo que hay un admirable pasaje en *El Autócrata de la mesa redonda,* de O. W. H. (Y siento no tenerlo a mano para traducirlo y dároslo traducido y rellenar así este ensayito)" (*Al rededor del estilo,* XXIII, *Los Lunes* de *El Imparcial,* 28, IX, 1924, y en *De esto y de aquello,* IV, p. 605). Unamuno no tiene, en efecto, el libro a mano, pues está en el destierro, en Fuerteventura. En el escrito anterior, que hemos trascrito arriba, sí ha citado la traducción, y es un pasaje en que Unamuno puso cuidada atención, anotando al margen del libro la traducción de algunas palabras, no tan obvias y que, por ser más bien tecnicismos del modelado, ofrecían cierta dificultad, no del todo superada[6]). Pero entre el modelado, "hiñendo" (palabra grata a Unamuno,

5) La nueva orientación de los escritores de la llamada generación del 98 hacia la frase ágil, breve, puede documentarse en Unamuno, entre otros lugares, en sus *Ensayos,* t. III, p. 93: "El viejo castellano, acompasado y enfático, lengua de oradores más que de escritores . . . el viejo castellano, que por su índole misma oscilaba entre el gongorismo y el conceptismo, dos fases de una misma dolencia, por opuestas que a primera vista parezcan, el viejo castellano, necesita refundición. Necesita, para europeizarse, a la moderna, más ligereza y más precisión a la vez, algo de desarticulación, puesto que hoy tiende a la anquilosis, hacerlo más desgranado, de una sintaxis menos involutiva, de una notación más rápida." Claro que, en su momento, también se hace la defensa de la prosa amplia, y se censura la de notación menuda: "el estilo conversacional, coloquial, se debe a que los jóvenes de hoy . . . tienen el pecho encogido y para poco huelgo", en OC, XI, p. 778, *Sintaxis mecánica.*

6) Doy el texto inglés para que pueda compararse: "I rough out my thoughts in talk as an artist models in clay. Spoken language is so plastic, — you can pat

de la misma raíz, pero en fase de vulgarismo, que "fingir") y la talla a golpe de cincel hay una muy notable difererencia que Unamuno advierte en otro lugar, y es que tal vez al tallar la materia salta caprichosamente y brinda al artista una posibilidad casual y tal vez fecunda, que compara con la sorpresa que la rima depara al poeta (*O. C.* XI, pág. 717). Lo cual se aleja cada vez más de las ideas expuestas por el bostoniano.

Todavía hemos de registrar otra referencia de Unamuno a su autor, y también sobre el lenguaje, en la "conclusión" a su *Del sentimiento trágico,* donde leemos que "La representación es, pues, como el lenguaje, como la razón misma . . . un producto social y racial, y la raza, la sangre del espíritu, es la lengua, como ya lo dejó dicho, y yo muy repetido, Oliver Wendell Holmes, el yanqui". La lengua como "sangre del espíritu", con toda su peligrosa ambigüedad, aparece en el autor americano, pero, hasta donde he podido cerciorarme no precisamente en *Autocrat,* sino en otro de los libros que Unamuno anotó, nunca mencionó en sus escritos, en *The Professor.* En efecto, "Language! — the blood of the soul, Sir! into which our thoughts run and out of which they grow!", dice el joven contertulio John y añade que en Boston, "We never make a new word till we have made a new thing or a new thought, Sir!" (pág. 38, *op. cit.*). Para la imagen, "lengua, sangre del espíritu", y su formación en la mente de Unamuno, con la ayuda de Holmes, tenemos aún otros textos de nuestro escritor, que nos orientan en la maduración primero de la idea trasformada en imagen (sea metafórica sea comparativamente) y en el arraigo y recurrencia, más tarde, con esa peculiar tenacidad unamuniana en ciertas ideas clave.

Creo que antes de leer nada del americano, en un escrito sobre el gaucho *Martín Fierro,* de José Hernández, del que sostiene la honda españolidad, dice: "cuando oigan los gauchos, conmovidos, la poesía de sus pampas, sentirán sin saberlo ni poder de ello darse cuenta que les brotan del lecho inconsciente del espíritu ecos inextinguibles de la madre España, ecos que con la sangre y el alma, les legaron sus padres" (en *Revista Española,* 5-III-1894, y en *OC,* VIII, p. 47—63). Aquí tenemos, sin fundir en la imagen metafórica los elementos dispersos: lengua, sangre, espíritu.

Todavía en 1899 y en un artículo, *The English-Speaking People,* (*La vida Literaria,* 11-III-1899, y en *OC,* VI, 694) hay una primera síntesis, sin llegar a la formulación final, pues ahora al tratar de la unidad que la lengua inglesa supone entre sus hablantes, por encima de la diversidad de razas, Unamuno afirma que "la lengua es, en efecto, la raza del espíritu".

Ahora se comprende mejor la revelación que le fué leer en letra impresa la frase de Holmes. Cada vez, casi, que ocurra en sus escritos el tema de la lengua y el pueblo, con incansable reiteración se nos dirá: "Una de mis metáforas favoritas, una de las que más prodigo, es que la lengua es la

---

and coax, and spread and shave, and rub out, and fill up, and stick on so easily, when you work that soft material, that there is nothing like it for modelling. Out of it come to the shapes which you turn into marble or bronze in your inmortal books, if you happen to write such" (pág. 28, *op. cit.*).

sangre del espíritu . . . Una lengua lleva consigo, no ya una manera especial de concebir la realidad, sino hasta una manera de sentirla" (*Pequeñeces lingüísticas,* en *OC,* VI, 507, de 1910. Y nótese, de paso, el posible origen humboldtiano de la lengua como manera de concebir la realidad). De ese mismo año, 1910 es el soneto, *La sangre del espíritu,* es decir, la lengua, cuyo primer verso dice:

"La sangre de mi espíritu es mi lengua" (*Son.* LXVII, en *OC,* XIII, p. 574).

Tenemos, por fin y sin agotar la mina, varios textos de circunstancias, y de circunstancias análogas, de la Fiesta de la Raza y sobre ella, en que muy obviamente se le ofrece a Unamuno ocasión para remachar su tesis. Ejemplos: "Y como para mí raza tiene un sentido histórico, espiritual y no antropológico, no material, y la sangre del espíritu — ya os lo tengo dicho — es la lengua, con todo lo que ella consigo lleva" (*Una celebración,* 3-XII-1922, *OC,* VIII, 635). O: "El lenguaje, instrumento de la acción espiritual, es la sangre del espíritu, y son de nuestra raza espiritual humana los que piensan y por tanto sienten y obran en español . . . También fué de nuestra raza espiritual, de nuestra sangre del espíritu, de nuestra lengua española, aquel heroico filipino que fué José Rizal[7]), aunque su sangre material fuese entre tagala y china" (*La fiesta de la Raza* en *El Liberal,* 12-X, 1923, *OC,* VI, 905 y 906).

Y ya cada vez que ha de escribir con motivo de la conmemoración del 12 de Octubre, nos dirá las mismas o muy parecidas palabras: "El año próximo pasado . . . en ocasión del día de la llamada Fiesta de la Raza, . . . publiqué un artículo titulado, *La raza es la lengua,* en que procuraba denunciar el aspecto materialista que suele darse al concepto antropológico de raza . . . No acepto ese sentido material, ni político, ni eclesiástico; y solo: "raza espiritual encarnada en el lenguaje" (*OC* VI, 908—911; del 12-X-1933). No es difícil conjeturar por qué Unamuno insiste ahora con nueva vehemencia sobre su sentido de la raza. Todavía en una conferencia radiada en 1935, bajo el título, *Comunidad de la lengua hispánica,* recalcó: "El habla, que es la sangre del espíritu . . . [es] algo espiritual, psicológico, incruento", y opone esa concepción de la raza a la "barbarie antropológica" (*OC* VI, p. 917).

La trayectoria se ve ahora clara, desde un tanteo en torno a la expresión feliz, hasta encontrarla en Holmes más precisamente acuñada, y luego una aplicación extensiva desde lo individual hacia lo colectivo con particular acomodo a la definición de la raza. A esto le ha traido primero la realidad de la lengua española en dos y aun tres continentes y la formación de una idea colectiva, denominador común de lo que con el término afortunado de Maeztu se ha venido a denominar "hispanidad". Luego, la urgencia de ciertas teorias racistas de los años treinta, le ha hecho insistir en el lado anti-

7) Es muy de notar la preocupación de Unamuno por Rizal, a quien admiró. En su última intervención en público, el 12 de Octubre del 36, Fiesta de la Raza, y en el Paraninfo de su Universidad, dedicó un recuerdo al héroe tagalo, en mala hora fusilado.

materialista de la raza, figurado en la lengua. Creo que es un buen ejemplo de confluencia, de influencia y de readaptación de un motivo.

Pero he faltado a mi método propuesto, que consistía en ver de primera intención los pasajes en que Unamuno menciona una obra determinada de Holmes, antes de señalar las posibles remembranzas o identidades. Y todavía no he terminado con las citas expresas a pasajes del *Autocrat,* aunque sólo me queda una sola ya. Ahora se trata de otro orden de cuestiones, sobre los modos de operar la inteligencia, en lo que están bastante de acuerdo en la cita que sigue, y en otros pasajes de ambos autores. Recuerda don Miguel al yanqui a cuenta de los espíritus lógicos y su capacidad de hallar con su lógica la verdad: "If a logical mind ever found out anything with its logic? — I should say that its most frequent work was to build a *pons asinorum* over chasms which shrewd people can bestride without such a structure. You can hire logic, in the shape of a lawyer, to prove anything that you want to prove . . ." (pág. 16—17, *op. cit.*). Que Unamuno recoge con fruición: "la obra de un espíritu lógico es construir un *pons asinorum,* un puente para borricos, sobre congostos que la gente viva suele saltar sin necesidad de semejante estructura . . ." Y sigue comentando la manera de entender la verdad, de acuerdo con el "common sense" de cada uno. Lo que Unamuno aplica, sin más complicaciones, a "mis lectores que me honran dirigiéndome cartas firmadas" (*Soliloquios,* OC, III, 965).

Entramos ahora en un terreno menos firme, abierto a la conjetura y sin más asidero que las anotaciones de Unamuno. La coincidencia entre esos pasajes y otros análogos en la obra de don Miguel, no autoriza, me temo, a sacar conclusiones muy ceñidas, por muy plausible que parezca la notación de una influencia. Evitaremos, pues, toda afirmación menos fundada.

Como podía esperarse los temas religiosos despertaron más la curiosidad del lector. Téngase en cuenta, sin embargo, que Holmes no fué un espíritu religioso atormentado como lo fué Unamuno, ni estuvo tan preocupado por su caso personal o por el de sus conciudadanos, aunque se propuso combatir, moderar más bien, el exceso de celo puritano en New England con su templada actitud de condescendencia y tolerancia. Esto confiere a sus temas religiosos, al modo de tratarlos, una amable nota de comprensión y comprensiva indulgencia, acaso de moderado escepticismo. Nada parecido a lo que Unamuno ofrece. Pero había en el vasco una capacidad de atención y de indulgencia mucho mayor y ejercitada con más frecuencia de lo que puede hacer suponer la imagen tópica del agónico creyente. Si, en ocasiones, el hombre de pasión oscureció al hombre que también fué de elevado juicio y penetrante razón, pocas veces la última palabra la tuvo aquél.

Las notas que ya hemos dado sobre temas religiosos en *Autocrat* son casi todas, digo de las menciones expresas hechas por Unamuno. Queda una llamada sobre un pasaje que pide una doble atención. Leyendo Holmes un poema religioso en su *Christian Year,* lo elogia en estos términos: "that angelic poem, sweeter than anything I can remember since Xavier's *My God, I love Thee*". Que, evidentemente, se refiere al conocido soneto, atribuido a

San Francisco Javier *No me mueve, mi Dios, para quererte*[8]). Pero la anotación de nuestro lector apunta a la continuación, en que se lee: "I am not a churchman, — I don't believe in planting oaks in flower pots", (*op. cit.* pág. 298). Muy posiblemente sentía don Miguel que la religiosidad al uso era un simple tiesto para su ímpetu roblizo de buscador de Dios.

Las demás acotaciones sobre asunto religioso las hemos de seguir en las otras dos obras a que me he referido antes, pues del *Autócrata* le ganaron la atención otros asuntos.

En el último punto comentado, se advierte que los dos coinciden en oponer el punto de vista del creyente laico al eclesiástico. Y en la misma comunidad de pensar nos insiste la acotación de Unamuno a este pasaje de *Professor:* "A sermon by a lay-preacher may be worth listening to ... It gives the *parallax* of thought and feeling as they appear to the observers from two different points of view. If you wish to get the distance of a heavenly body, you know that you must take two observations from remote points of the earth's orbit ... To take the parallax of heavenly truths, you must take an observation from the position of the laity as well as of clergy" (pág. 7). Como Unamuno se quejaba en ocasiones de la falta de interés en las conversaciones habituales por los temas de religión y política, al censurar, por ejemplo, la banalidad de las charlas de café y casinos igualmente Holmes pide para "Religion and government" la mayor atención, y la mayor libertad, como derecho sagrado a discutir la "verdad" (pág. 100).

Las llamadas más numerosas son las que apuntan a observaciones sobre la fe. Así (pág. 87) cuando el Profesor asusta a su interlocutora afirmando "that faith, as an intellectual state, was selfreliance, which, if you have a metaphysical turn of mind is not so much of a paradox as it sounds at first". Y más adelante: "Faith always implies the disbelief of a lesser fact in favour

8) Esta traducción al inglés parece no haber sido registrada en la tesis de la Sister Mary Cyrie Huff, *The sonnet* No me mueve, mi Dios. *Its Theme in Spanish tradition,* The Catholic University of America Press, Washington, 1948. Las traducciones inglesas que se citan (págs. 8 y 9; y 118 y 119) no cuentan con ésta, aunque el estudio es muy estimable.

Holmes debió de conocer algo de nuestra literatura. Menciona, por supuesto, el *Quijote,* y entre los tres mejores libros de entretenimiento. Una par de citas del *Gil Blas de Santillana,* aunque una está en el texto castellano, pudo haberle llegado por la edición francesa. La cita es ligeramente incorrecta: "Aquí yace enterrada el alma del licenciado Pedro Garcías" (*sic.*). Cita, también dos palabras en español, incidentalmente, "diablos", y "duennas" (con esta grafía). Y menciona al moralista hispano, Tomás Sánchez, por su obra *De sancto matrimonio.*

Aunque Holmes fué un profesor de medicina, su curiosidad de humanista le llevó al trato de los clásicos y de otras literaturas. No me consta que tuviera relación con el círculo hispanizante que se formó en torno a Boston, con Ticknor el primero. Sobre esto la mejor información en Stanley T. Williams, *The Spanish Background of American Literature,* Yale Univ. Press, 1955, 2 vols. Hay trd. española, en la colección *Gredos.* Véase mi contribución a *Washington Irving,* Universidad de Granada, 1960, para el surgir de lo hispano en Nueva Inglaterra.

of a greater. A little mind often sees the unbelief, without seeing the belief of a longer one" (pág. 114). Y con subrayado insistente: "Of course the *one* matter that a real human being cares for is what is going to become of them and of him" (pág. 117).

O esta otra nueva observación sobre la peculiaridad de la fe en cada uno: "Do you know that every man has a religious belief peculiar to himself? Smith is always a Smithite . . . and Brown has from time immemorial trying to burn him, because he did not take in Brown's worth of knowledge, truth, beauty, divinity" (pág. 280).

También son frecuentes las notas y llamadas en *Poet.* Así cuando se opone la humildad de la ciencia a la autosuficiencia doctrinal del Papa o Calvino (pág. 179). Le ha llamado también la atención la noticia de Mr. Galton, sacada de biografías religiosas: "There is a frequent correlation between an unusually devout disposition and a weak health", que nos parece recordar la observación recogida por Unamuno en William James sobre la religiosidad, en el libro *The Varieties of Religious Experience.*

Nuevamente es la fe lo que le atrae: "we are all tattoed in our cradles with the beliefs of our tribe" (pág. 320). Y esa fe desde la cuna, que nos ha marcado indeleblemente es la que Unamuno, con Holmes, parece pedir que se respete, aun en sus manifestaciones más populares. Así creo que podemos entender la anotación con que don Miguel señaló las palabras de Holmes, cuando advierte a los puritanos que han visto la adoración del *bambino* en una aldea italiana: "The true office of this *eidolon* is to fix the mind of the worshippers and that in virtue of the devotional thoughts it has called forth so often for so many years in the mind of that poor old woman who has undergone a transubstantiation as real as that of Eucharist" (pág. 301). Muchas veces escribió Unamuno de cómo la fe ha ido creando en torno a imágenes y lugares un como sedimento de esperanzas, anhelos y aspiraciones; pero por todas, valga ahora el poema, *En la Basílica del señor Santiago de Bilbao,* como muestra en algún modo acorde con el pasaje del americano, aunque con acento muchísimo más personal en el nuestro.

Son frecuentes las anotaciones de temas literarios, y entre estos, sobre poesía. En Unamuno hay una constante preocupación por lo poético, mucho más de lo que habitualmente se acepta, como espero haber mostrado en otra parte[9]) y puede verse, por ejemplo en el excelente estudio del Dr. Manuel García Blanco, *Don Miguel de Unamuno y sus poesías* (*Acta Salmanticensia,* Salamanca, 1954, passim). Así la poesía juvenil, como fenómeno casi biológico, se comenta por Holmes: "Is a young man in the habit of writing verses? Then the presumption is that he is an inferior person. For, look you, there are at least nine chances in ten that he writes poor verses. Now the habit of chewing on rhymes without sense and soul to match them is, like that of using any other narcotic, at once proof of feebleness and a debilitating agent . . ." (*Autocrat,* pág. 279). Parece que oimos las mismas

9) En una comunicación para el Congreso celebrado en la Universidad de Vanderbilt, (USA) en setiembre de 1964. En prensa.

ideas de Unamuno acerca de la poesía desprovista de peso y solo fiada al adormecedor efecto de los elementos rítmicos, tal como las expresó a lo largo de su obra, especialmente por los años en que escribe su gran poema en verso blanco, dedicado al Cristo velazqueño. Desde su primer credo poético, aparecido en *Poesías* (1907) nuestro poeta se ha manifestado decidido partidario de una lírica densa y llena. Holmes diputa el verso como el vehículo ideal para revelar lo más oculto y secreto de su sentir, que pierde así lo demasiado desnudo de su mensaje en gracia al ritmo del lenguaje, a la musicalidad y a la imaginación (*Autocrat*, pág. 58—59), mientras Unamuno pide el verso para desnudarse mejor y comunicarse con los demás más directamente. Igualmente ha registrado Unamuno la experiencia de Holmes como poeta, aunque parece enunciada con ironía sobre uno de los contertulios: "The passion of poetry seizes him every spring, he says, — yet oftentimes he complains, that, when he feels most, he can sing least" (*Autocrat*, pág. 173). Dejando a un lado la broma sobre la crisis juvenil poética, aquí se apunta a uno de los problemas del crear poético en relación con las vivencias. Unamuno se mostró en esto tajante, cuando rechaza, casi con indignación, el gongorino, "que se diga y no se sienta", pues "un poeta es el que desnuda con el lenguaje rítmico su alma" (*Teresa*, OC XIV, 295). Este carácter romántico, en cierto modo, de la actitud en cuanto poeta, no es la suprema justificación del menester lírico en uno y otro, pues Holmes escribe y Unamuno asiente: "escribo para ayudar a los demás a descargar su propio corazón" (*Poet*, pág. 30). Ninguno lo hace por una pura efusión gratuita y superflua del yo, aunque en ambos la apelación a la fama es operante, más apremiadamente en el nuestro. En ambos la revelación de poesía y filosofía se dieron unidas y tempranas, aunque Unamuno haya tardado en publicar sus versos, que empezó a escribir mucho antes, en su época de amistad con Trueba. Parece sugestiva la anotación en este pasaje: "Philosophy and Poetry came to me before I knew their names . . . Y cita: "Je fis mes premiers vers, sans savoir les écrire." Not verses so much as the stuff that verses are made of . . . I have got rid of something my mind could not keep to itself and rise as it was meant to into higher regions" (*Poet*, pág. 312—313). Esta necesidad de la expresión poética, adivinada antes que practicada, y ese oscuro sentir en ritmo poético son característicos de nuestro escritor, quien, por no dar ahora más pruebas, ha experimentado muchas veces la urgencia de trasladar a versos o prosa rítmica sus visiones de paisaje, por ejemplo, como puede verse en *Andanzas y visiones españolas*.

No quiero comparar la poesía de Holmes con la de Unamuno, pues me parecen más los rasgos que las diferencian que no los que las aproximan, pese a notas de semejanza nacidas, creo de comunidad parcial de época y si se miran con una larga perspectiva. Más bien creo que las afinidades están en la raíz de la poesía, en su justificación como actividad y entrega. En Unamuno falta enteramente esa veta, tan sostenida, de la poesía de ocasión, que hallamos en Holmes. En cualquier caso, ni la personalidad del vasco, ni su apasionamiento tienen paralelo en la psicología del otro. Unamuno ha leído, al parecer, con gusto los poemas de su autor, y ha citado incidental-

mente uno de ellos, aquel "sentidísimo . . . en que hablando de un anciano a quien conoció en Nueva-York, anciano que vivía y vestía a la antigua usanza, le compara con aquella última hoja amarilla y seca que sin acabar de desprenderse del árbol donde nació y de que vivió, llega a caer cómo en ese árbol nacen las nuevas hojas de primavera, llega a sentir su amarillez de pasado al toque del verdor de porvenir del nuevo follaje" (*La mosca bicentenaria, Caras* y *Caretas*, 29—iv — 1922). Esta clase de acierto poético, tan buscado y logrado por Holmes, la ingeniosa comparación en imágenes sensibles con aplicación moral, revela en la admiración manifestada por don Miguel una estética, afortunadamente no la de que salieron sus mejores versos. Digamos que Holmes tuvo como ideal poético a Pope.

Entre los poemas que animan los tres libros de Holmes, hay pasajes anotados por Unamuno, y dejando los otros, me referiré al realmente hermoso, *Homesick in Heaven*, distinguido con cuádruple subrayado, y al pasaje:

> For there we loved, and where we love is home,
> Home that our feet may leave, but not our hearts,
> Though o' er us shine the jasper-lighted dome: —
> The chain may lengthen, but it never parts!"
>
> (*Poet*, págs. 30—33)

Y Unamuno, no sé cuánto tiempo de esta lectura, recoge un texto de Malón de Chaide — que no precisa, ni he identificado — en que se dice la misma nostalgia de la tierra, sentida en la mansión de los cielos: "dice en alguna parte que hasta el día de la resurrección de la carne, los bienaventurados no son del todo felices, por el deseo que sienten de la carne que aquí abajo dejaron" (*OC*, X, pág. 613).

Fuera de estos temas, de más recurrente aparición, las otras llamadas recogen motivos de diversa índole, entre las que recogeré algunas de las que me parecen más sugestivas. Así la escasa fe del americano en la razón a secas, que ya hemos tenido ocasión de comprobar en su referencia al *pons asinorum*, de nuevo repetida en este pasaje doblemente marcado por el lector: "A man's opinions, look you, are generally of much more value than his arguments. These last are made by his brain, and perhaps he does not believe the proposition they tend to prove, — as is often the case with paid lawyers; but opinions are formed by our whole nature, — brain, heart, instinct, brute life, everything all our experience has shaped for us by contact with the whole circle of our being" (*Professor*, pág. 109). Unamuno ha dicho innumerables veces estas mismas ideas, y su filosofía existencial y vitalista, del hombre concreto, de todo él, es un desarrollo de lo que Holmes formula. Hasta encontramos en don Miguel el mismo desdén hacia los abogados, que alquilan su lógica. Y en esa misma línea apuntaremos el recelo que siente Holmes — y Unamuno — hacia los intelectuales, pues el "intellectual man" está hecho de nueve décimas partes de lecturas de libros y de una décima de sí mismo. (*Autocrat*, pág. 60). También esta anotación, remarcada, apunta a un pensamiento muy caro a Unamuno, "A Pseudoscience consists of a nomenclature with a self-adjusting arrangement, by

which all positive evidence, or such as favours its doctrines, is admitted, and all negative evidence, or such as tells against it, is excluded. It is invariably connected with some lucrative practical application". Coinciden en la denuncia de una de las manifestaciones de la necedad humana, con visión satírica de diferente temple.

Luego hay numerosos registros relativos a frases ingeniosas, en que Holmes fué particularmente feliz, sobre todo en comparaciones tomadas del campo de la naturaleza o de las ciencias, y sin asomo de pedantería. Esta suerte de pensar analógico, me parece un rasgo muy propio también del nuestro, pero en modo alguno quiero decir que se trate de una influencia, pues creo que ambos están dentro de una corriente que les envuelve, la de su tiempo. Y siento tener que dejar una afirmación tan vasta con tan poca prueba: confío en el lector. En el fondo, pienso que se trata de ese racionalismo cientificista que ha penetrado en las mentes de los hombres del siglo XIX, incluso en las de quienes se mostraban menos ganados por esa filosofía. "I always believed in life rather than in books" (*Autocrat*, 128), parece en el mismo registro que el Unamuno vitalista; pero ambos se apresuran a buscarle a la vida su ilustración en los libros, si bien sea en libros sobre la vida. Lo que les fue particularmente grato a nuestros dos autores — no se excluye por esto a tantos otros — fue la formulación analógica de rasgos morales y materiales, con un didactismo gráfico que constituye una de sus caraterísticas comunes, pues no en vano fueron ambos profesores universitarios: ambos escriben para adoctrinar y se sirven de las técnicas más aptas, en este caso, las comparaciones y analogías a que me refiero. Entre las que Unamuno anota: "The mind of a bigot" es como "the pupil of the eye" . . . "the more light you pour on it, the more it contracts" (*Autocrat*, pág. 138). O las clases de poetas, comparadas con los tipos de rubias, por defecto o por exceso de pigmentación (*op. cit.*, 176). O la curiosa paradoja hidrostática de la controversia, en que compara la controversia con dos vasos comunicantes de ramas desiguales: por más agua que se vierta, la nivelación es siempre por la más baja, "Controversy equalizes fools and wise men in the same way, — and the fools know it" (*op. cit.* pág. 108). El riesgo de estas agudas comparaciones es que no pocas veces prueban demasiado, y arrastran más lejos de lo debido con sus analogías sorprendentemente ajustadas. Si se quiere un ejemplo, entre tantos, de Unamuno, recordaré uno de los capítulos de sus libros de viajes, *En la granja de Moreruela*, donde al oir a un acompañante que hasta en las aguas estancadas se crían flores, don Miguel aplicó, no hasta, sino sólo en las aguas estancadas, pues en las otras no florece nada, y sirven solo para mover ingenios del hombre.

Finalmente seguiré la pista a otra posible imitación, coincidencia curiosa en todo caso, en el uso de analogías ilustrativas. Unamuno diserta sobre dos tipos de escritores, "vivíparos y ovíparos", según produzcan sus obras. Se tiene por ovíparo, y así fué "incubada" su primera novela *Paz en la guerra*, a lo largo de doce años y desde una anécdota inicial. Esta clasificación de los escritores data de 1902 (*Escritor ovíparo* en *Las Noticias*, Barcelona, 19-IV, 1902, en *OC*, X, 107—109). Reaparece luego en otro escrito, *Sobre el frag-*

mentarismo, Los Lunes de *El Imparcial,* (2-XII-1912; OC, XI, 714 y ss.): "Heme dado siempre muy mala maña para escritor ovíparo, de esos que ponen el huevo y se están empollándolo días, semanas, meses y aun años... Me fastidian los estilistas. Aparécenseme como una especie de aves o reptiles literarios, animales ovíparos que ponen sus huevos y se están luego días y días empollándolos en vez de dar a luz crías que ya desde nacer se tengan en sus pies, como hacen los escritores vivíparos". Como se ve, ha cambiado el concepto clasificatorio. El caso es que en Holmes encontramos la misma clasificación analógica de los escritores: "My friend the Professor, has been full of eggs lately", dice, con gran hilaridad por parte de sus contertulios, el Autócrata, estimulado por la lectura de un libro sobre las tortugas. La aplicación resulta distinta de la que hizo Unamuno, pues para Holmes se trata de hombres cuyos cerebros portan "ovarian eggs" de la próxima civilización, del siglo futuro. Esos huevos no están aún maduros para ser "puestos" en forma de libros. Y así tenemos los "producers of thoughts, who are few, the 'jobbers' of thought, who are many, and the retailers of thought, who are numberless..." (*Autocrat,* p. 188). En el americano falta la oposición ovíparo / vivíparo, y se aplica la analogía a distinto ámbito[10]).

Entre las cualidades que les unen a estos dos autores, y claro que no se trata de influencia, sino de una identidad que explica la afición de Unamuno hacia el americano, está el amor proclamado a la verdad, de que he dado alguna muestra: "I love truth as chiefest among the virtues", dice por boca de su portavoz, el Autócrata de la mesa redonda, y condena la mentira como la raíz de todos los pecados: "sin has many tools, but a lie is the handle which fits them all", según uno de los "siete sabios de Boston", en la misma obra. De la lucha por la verdad, por su verdad, en Unamuno, nada diré, salvo que le costó mucho más que al confortable bostoniano el decirla y proclamarla. En cualquier caso, y por no citar otros pasajes en elogio de la veracidad, me remito al prólogo a la *Vida de Don Quijote y Sancho,* donde se urge y exalta la verdad en todo momento y ocasión, incluso cuando nos traiga daño.

No creo que valga la pena apurar aún más estas relaciones que, al menos, han mostrado un aspecto de la creación en Unamuno desde el cotejo de lecturas. Con ello sólo hemos iniciado un camino que deberá ser continuado en muchos otros autores para lo que la Biblioteca y Museo del Rector salmantino dan material abundante. Al legarnos esos libros no quiso hurtar una pista tan considerable para su estudio: estaba muy seguro y con

10) Una curiosa fusión de recuerdos del yanqui aparece en este texto: "Todo depende de si el parto es ovíparo o vivíparo. Hay quien es incapaz de retocar lo que una vez hizo; mejor que repasarlo, hacer obra de nuevo. En barro, se retoca, se quita, se pone, se cambia, se recorta, se redondea; pero en bronce no cabe sino refundir, y refundir es hacer de nuevo" (*Cartas a un poeta, Nuevo Mundo,* 10-X-1919, *OC,* VIII). La segunda parte, casi íntegra, es una traducción del ya mencionado pasaje de Holmes, aun cuando no se le cita. Supone una lectura muy reciente y fresca en ese año.

seguridad cierta de que en su obra lo mejor fué lo que él dejó, su persona[11]). Los dichos, como los hijos, son más de quien los prohija que de quien los engendra, de quien los hace vivir y durar, que del que los puso en circulación. Unamuno pudo haber tomado a Holmes la cita de Donato, "Pereant illi qui ante nos nostra dixere".

Universidad de Zaragoza

11) Las obras en que Unamuno utiliza ideas o sugestiones de Holmes tienen muy distinto carácter. Ya se sabe que escribió mucho con la urgencia de la colaboración periodística a plazo perentorio, a diferencia del mayor sosiego con que produjo Holmes, que escribía para una revista mensual. El apremio del escritor periodista ha de tenerse en cuenta al juzgar la obra de Unamuno. Es muy aceptable la distinción hecha por Juan López-Morillas entre los escritos unamunianos anteriores y posteriores a 1904. Hasta esa fecha tienen más rigor, están concebidos más en conjunto; mientras que en adelante se hacen más errátiles, menos preconcebidos. Véase, *Intelectuales y espirituales*, ROcc., Madrid, 1961, pág. 14.